

Carlos Egaña

Reggaetón





Carlos Egaña (Venezuela, 1995). Licenciado en Letras por la Universidad Católica Andres Bello (UCAB). Cursó la maestría en Escritura Creativa en Español de la Universidad de Nueva York. Ha publicado dos poemarios: *Los Palos Grandes* y *hacer daño*.

 [@egamanww](https://www.instagram.com/egamanww)

© Carlos Egaña, 2022
© Ediciones Punto Cero, 2022

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluido cualquier tipo de tratamiento informático.

ISBN (edición digital): 978-84-125686-7-7
ISBN (edición impresa): 978-84-125686-6-0

EDICIONES PUNTO CERO

e-mail: contacto@edicionespuntocero.com
www.edicionespuntocero.com

 [@ed_puntocero](https://twitter.com/ed_puntocero)

ALFA DIGITAL

e-mail: contacto@alfadigital.es
www.alfadigital.es

 [@alfadigital_es](https://www.instagram.com/alfadigital_es)

Corrección de estilo

Carlos González Nieto

Retrato del autor

© Satoshi Tsuchiyama

Diseño de cubierta

Ulises Milla Lacurcia

Imagen de cubierta

Jesús Briceño Reyes

Ton (óleo sobre lino, 20 x 20 cm, 2022)

Carlos Egaña

Reggaetón

PUNTO
CERO

Contenido

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

a Pedro Luis Vargas
(con la ayuda de Mauro Marinelli)

Dios bendiga el reggaetón, amén.

J. BALVIN

Dios ha muerto. Dios sigue muerto.

Y nosotros lo hemos matado.

FRIEDRICH NIETZSCHE

I

QUISIERA VOLVERME UN CHAVISTA. Tener un Camaro sin placa para estrellarlo cuando me aburra. Chuparme la soya de los dedos con lo que chupamos del subsuelo. Ser más popular que Jesús en Caracas. ¿Alguna vez has visto a alguien correr y llevarse una puerta de vidrio sin querer? Imagina sentir eso todos los días.

Ojo: no quisiera ser chavista, sino *un* chavista. Ya estamos muy viejos para creer en Santa Claus: los tipos que visten de rojo y regalan vainas por doquier solo existen en las pelis de Hollywood y en los programas de VTV. No hay vida después de la vida y no hay revolución después de la revolución: lo importante es el ahora. Son unos bobos los que se aferran a las creencias de su entorno, sean chavistas o no, y se preocupan por su fama. Dejan de hacer tanto pensando en el después, como si después no terminásemos todos como polvo. La vida es muy corta como para ahorrarse enemigos: mejor tener suficiente para poder gastarlo todo.

Pero estos vírgenes no entienden eso. Estos idiotas que meten las manos en el pupitre temblorosos y muerden sus labios mientras revisan el celular, subiendo la cabeza cada segundo para que el profesor no los vea, como si no conocieran la definición de *obvio*, aman sufrir. Se ríen del profesor cuando los amenaza con ponerles más ejercicios como tarea, pero lloran en silencio cuando se los corrigen y raspan. Se jubilan de misa los miércoles, pero luego corren a confesarse con Daniel, el padre *happy*. El padre Alberto, que regaña y pregunta por detalles cuando confiesas pecados del cuerpo, no tiene tantos fanes.

Si eres de los que piensan que ya nadie cree en nada, déjame decirte que te equivocas; te invito a dar una vuelta por mi

colegio. Aquí todo consiste en creer: en la infalibilidad de la fórmula matemática, en la palabra de Dios y la Virgen, en que la popularidad y el fútbol son sinónimos. No pienses en hacer preguntas en clases de Psicología o Historia, lo que importa son los números y lo seguro; no pienses en resaltar las contradicciones en la Biblia, no quieres que te digan en el recreo que irás al infierno; ni intentes decir en voz alta tus opiniones sobre el anime que está de moda, dirán que eres un pollo aunque también vean la vaina. El Opus Dei trata sobre las reglas, santificar el trabajo que se permite; cuestionarlas o pensar en mejorarlas es dudar de la obra divina. Aquí estamos para seguir órdenes y ser los mejores en ello: los que sueñan con principados tendrán pesadillas con el Rey de los cielos.

¿Qué pasa si no sigues las reglas, preguntas? Claramente, no se puede castigar al alumno como al soldado: supuestamente, la Ley Orgánica para la Protección de Niños, Niñas y Adolescentes nos ampara. Pero la violencia también existe en las palabras, a veces más que en los puñales. Tal vez a nuestros padres los agarraban a coñazos cuando la cagaban de chamos, pero no los ves tuiteando que se sienten solos y se quieren morir. No creas que soy un llorón, voy con un ejemplo para que entiendas.

Se supone que la confirmación es un sacramento que se recibe de forma libre y voluntaria, que consiste en hacer explícito el compromiso que se tiene con la Iglesia desde el bautismo. Es decir, se supone que la confirmación es el momento en que miras hacia atrás y dices «oye, mis papás hicieron bien, Dios por el pecho» o «ya va, dame un chance, no estoy tan claro». Por eso, la confirmación se suele hacer en cuarto año en los colegios católicos. Pero cuando llegué a segundo, el Opus la adelantó dos años: sin pelos debajo de la nariz y sin saber hablarles a las niñas, tenía que tomar una decisión sobre el resto de mi vida y la vida después.

En aquel entonces, me quedaba hasta la medianoche pasando juegos de *Castlevania* en mi Nintendo DS; mi favorito era *Dawn of Sorrow*, aunque *Portrait of Ruin* también era chévere. Me fascinaba que no solo luchases contra vampiros y otros clásicos de las películas de terror en los videojuegos, sino también contra demonios y personajes bíblicos. En ocasiones, buscaba sus nombres en Wikipedia y quedaba maravillado. Has usado Wikipedia, ¿no? Te imaginarás que entre *link* y *link* aprendí sobre los libros apócrifos de la Biblia, Anton LaVey y su apología de los pecados capitales, las inconsistencias entre el Viejo y el Nuevo Testamento, el «Dios ha muerto» de Nietzsche y «la religión es el opio del pueblo» de Marx. Anotaba mis lecturas y las usaba como base para hacer preguntas en clases de religión. Pensaba que, si alguien podía aclararme las lagunas, ese sería el profesor Raúl. Pero sus respuestas eran cada vez menos elocuentes y más agresivas, hasta sarcásticas, como si mis dudas fuesen pataletas.

En algún momento del segundo lapso me comenzaron a llamar a tutoría todas las semanas. El profe Luis se asomaba en una clase *random*, sin avisar, y me sacaba para hablar paja en su oficina. Conversábamos sobre los avances de la tecnología, lo que no me gustaba del cine, las playas y los clubes de La Guaira. Muy de vez en cuando echaba cuentos sobre logros de católicos en el globo y lamentaba destinos de amigos suyos que habían perdido la fe. Verás, mi papá apenas me dirige la palabra, no sé, es como tímido. Mi mamá había muerto dos años antes; una bala se le perdió en el cráneo mientras salía del CCCT una noche. Luis, pues, se convirtió en mi *padremadre* por unos meses: me regalaba chucherías cuando subía mis notas, me daba consejos cuando peleaba con el salón, esas cosas.

Un día, ya cuando faltaba poquito para la confirmación, Luis me sacó de un examen. Era normal que pasara por el salón sin avisar para tener una de nuestras sesiones, pero nunca lo había

hecho en medio de una evaluación. La cosa pintaba seria. Luego de preguntarme varias veces por qué todavía no quería confirmarme, «¡tú, que eres un niño tan inteligente!», descolgó un cuadro de la Virgen de la pared y me lo puso entre las manos. «Si tanto desconfías de la Iglesia —dijo—, si crees que no importa que te alejes de Dios, escúpele a la Virgen. Total, si la religión no sirve, no te pasará nada». Estaba petrificado menos por mis uñas, que raspaban los brazos de la silla como si fueran costras. «¿Qué pasó, tienes miedo? ¿Te da miedo quedarte solo? ¿No será que en el fondo sabes que estás equivocado? ¿Por qué no confías en mí, un tipo que te conoce, que ha pasado por esto? En ningún otro lugar se te hará tan fácil el camino a Dios». Pasados unos buenos segundos, le devolví el cuadro. «Eso pensé, tú sabes que eres un chamo inteligente». A las pocas semanas, el cardenal Urosa me metería sus dedos en la boca para darme la hostia.

Si Chávez hubiese estado en mi lugar, no se hubiera dejado joder. Habría dicho algún refrán llanero, resaltado la pluralidad de culto en Venezuela, sentenciado la importancia del respeto como base de la igualdad y denunciado la conducta del profe Luis como una muestra de la intolerancia burguesa. Se habría puesto de pie y habría convencido a sus amigos de reventar el vidrio de su oficina una noche, para que aprenda a respetar al pueblo. Porque así es el chavismo, insumiso, no reconoce dueños ni propietarios.

O, bueno, eso pensaría seriamente si fuera chavista; pero no lo soy ni me interesa serlo. Quiero enchufarme, ser bolichico, ser *un* chavista. Picar mi pedazo del pastel en vez de esperar a que me lo traigan, en vez de quejarme por llegar tarde. Nunca sabes si tus amigos se preocupan por lo que quieres o por lo que quieren que hagas; mejor estar claro desde un principio que se preocupan por tu dinero, que siempre puedes cambiarlos. Si el silencio se compra, regalarlo como hacen los más devotos y los

más politiqueros no tiene sentido. Solo faltan cinco meses para graduarme de esta pocilga. Pronto conseguiré mi regleta.

Suena el timbre. No doy las gracias, pero puedo ir en paz. A nadie le empaquetaron el bulto (*empaquetar*: tr. Despojar un morral de sus contenidos, voltearlo de adentro hacia afuera y sellarlo con teipe o tirro), no tengo motivo para quedarme en el salón un rato. Me detienen un par de panas antes de salir del edificio de bachillerato y me preguntan por mis respuestas en el examen de Física de la mañana. «Claro que sí, no joda», gritan, pues respondimos lo mismo; las chuletas que les hice en la mañana sirvieron de algo. Ya fuera, desde la plaza de enfrente, escucho mi nombre: Leopoldo Mario salió temprano de clases y lleva minutos esperándome.

Polo es de las pocas personas que respeto del colegio. No fuma, pero cuando nos prendemos un cigarro cerca de la cancha de fútbol de primaria, siempre nos canta la zona. Cuando levanta la mano en clases, los profesores le piden disculpas de antemano: saben bien que no tendrán respuesta para lo que pregunte. Cuando los pavitos joden a los más gallos, Polo saca algún detalle de sus infancias para que los *bullies* también hagan el ridículo. Qué te puedo decir: el *brother* es mi *brother*, mi mejor amigo.

Pero Leopoldo Mario es un idealista. Sueña con ser alcalde, ministro, diputado, lo que sea. Se cree lo suficiente para comerse el cuento de que somos agentes de cambio, la esperanza de Venezuela. Dice que detesta las películas de superhéroes, pero no se pela ninguna de *Spider-Man*: ver a Cliff Robertson mirar a Tobey Maguire a los ojos y decirle «*with great power, comes great responsibility*» en tercer grado lo marcó de por vida, me imagino, porque entonces era el mejor en *Super Smash* y en Matemáticas. Cuando se burla de los futbolistas del colegio, no lo hace para desenmascararlos, sino porque se piensa la voz de todos los que

tienen pies chuecos. Ahora hace de presidente del Centro de Estudiantes y será secretario general del Modelo de Naciones Unidas del colegio. Es demasiado cuchi.

Yo, en cambio, soy bien materialista. Ni de vaina pienso leerme un ladrillo como *El capital*, pero sé que Marx andaba por los mismos caminos (gracias, Google, por la guiatura). Qué quieres que te diga, el tipo estaba demasiado claro: los que tienen el dinero son los amos, lo trabajen o no. Por más bellas que sean, las ideas y los ideales son una trampa, tenemos el legado del pana Jesús como ejemplo. Solo pueden ser libres los que cobran conciencia de su entorno y controlan los medios de producción, algo así. Por eso los chavistas, los *unos* chavistas, son marxistas: porque saben como el Comandante que, para hacer efecto en el mundo, necesitas apoderarte de sus fuentes de riqueza. No sé cómo Polo no lo ve tan claramente, tal vez porque nunca le han faltado las lucas. Quisiera decir lo mismo, pero desde que mi familia vendió la acción en Camurí y la casa en Wellington, me divierto con el rencor.

Como solemos hacer todos los jueves antes de nuestras sesiones de estudio, paramos antes en el McDonald's de La Boyera. De vez en cuando, Leopoldo Mario me deja manejar su carro hasta allá. De la cárcel de carajitos al McDonald's no hay mucho trecho, pero cuando agarro todos los semáforos en verde, quemo los cauchos de su Cherokee como si fuera Ryan Gosling en *Drive*. Alabado sea el hombre que tiene el volante, Caracas les pertenece a los carros, los dioses no andan a pie. ¿Qué es otro hueco en el asfalto cuando las aceras no existen? ¿Qué es esperar un carrito por puesto cuando la gasolina vale cero? ¿Qué es pasar susto de noche cuando los choros se quedaron sin balas y los secuestros dejaron de ocurrir? Me siento minúsculo después de hacerme estas preguntas desde el asiento de piloto: la carrera ni siquiera llega a la media hora.

Me estaciono en paralelo frente a la puerta del local. Hay un estacionamiento más arriba donde puedes parar en retro relajadamente, pero toca practicar en algún momento. «Coño, estás aprendiendo —dice Polo entre risas—, estaba cagado con que chocases al pana de adelante». Pienso lo mismo: creo que no me hubiese dolido si le hubiera dado un besito al Corsa sin retrovisor izquierdo que tenemos atrás. En cambio, delante de la Cherokee reluce una FJ amarilla sin placa, sin rayones, sin vergüenza.

Gasto la mitad de mi mesada en una CBO de pollo y Leopoldo Mario se pide unos *nuggets*. «Chico, disculpe, pero no tenemos salsa BBQ. ¿Igual quiere los *nu-gue*?». Leopoldo Mario asiente y le da una tarjeta de débito de su papá a la cajera. Luego de que el punto de venta no reconozca el chip, la pana se frota la tarjeta por el pelo y la pasa de nuevo. Ahora sí. Mientras esperamos nuestro pedido, Leopoldo Mario lamenta que los McDonald's en Caracas ya no tengan estaciones de salsas. «Chico, aquí tiene su pedido, ¿qué bebida desea? Solo tenemos Nестea de durazno y Chinotto». Nos resignamos al peor refresco que existe, tomamos nuestras bandejas y nos sentamos cerca del parquecito.

—Marico, no me puedo creer esa camioneta —digo mientras mastico mi hamburguesa.

—¿Cuál, la que está delante de mi carro?

—Arrechísima, ¿no?

—A juro es de un enchufado —sentencia Polo. Nuestras mandíbulas se detienen y nos ponemos a detallar el lugar. Además de la nuestra, dos mesas más están ocupadas. En el medio del local, una pareja parece compartir una Cajita Feliz; deben ser los del Corsa. Cerca de la entrada, un negro gigante con unos lentes Oakley y un reloj Fossil revisa su celular. En su mesa solo hay una botella de agua.

—Ese negro seguro es escolta —digo.

—¿Cómo que *ese negro*?